

El momento cultural en la historia social

Javier UGARTE TELLERÍA

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

Resumen: Uno de los ejes de desarrollo de la historiografía desplegada en el entorno del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda ha sido el que podríamos llamar (siguiendo en esto a Lynn Hunt) *nueva historia cultural*. No se trata tanto de una vía rupturista como de la prolongación de la historia clásica a través de la historia social según la detectó en su día (1979) Lawrence Stone. Se hace eco del pensamiento reciente que subraya la intersubjetividad, la razón comunicativa y las estructuras de lenguaje y cultura. Sin abandonar nunca los principios del empirismo.

Palabras clave: Historiografía; IHSVF; Lawrence Stone; empirismo; cultura.

Abstract: One of the axes of development of historiography displayed in the Institute of Social History Valentín de Foronda's vicinity has been the one we could call (following Lynn Hunt) *new cultural history*. Not so much of a disruptive but the prolongation of the classic story across the social history as detected Lawrence Stone (1979). Echoing is made that recent thinking emphasizes the inter-subjectivity the communicative reason and structures of language and culture. Never giving up empiricism principles.

Keywords: Historiography; IHSVF; Lawrence Stone; empiricism; culture.

What We Talk about When We Talk about Love, de qué hablamos cuando hablamos de amor escribía Raymond Carver en su día (1981). De qué, cuando hablamos de historia cultural. Convengamos en llamarle *nueva* historia cultural, *New Cultural History*, por diferenciarla de lo que desde siempre, desde Burckhardt o Huizinga, fue historia de la cultura y siguiendo la denominación ya clásica que le dio Lynn Hunt en 1989 (que en parte modificó en 1999, diez años después, por *giro cultural*)¹. Y en este punto, de *nueva* a *giro* –y en esa década de los noventa–, se

1. Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley, University of California Press, 1989, y Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt (eds.), *Beyond the Cultural Turn*, Berkeley, University of California Press, 1999.

encuentra la clave de cierto extravío sobre lo que nos interesa. Luego, todo ha vuelto a su cauce (aunque nunca del mismo modo).

En 1966 daba Derrida (con Lacan, Barthes...) una conferencia en la Universidad John Hopkins de Baltimore, Maryland. El propósito era divulgar el post-estructuralismo en EEUU. Pronto, él mismo, Foucault, Barthes... eran seguidos con devoción en los departamentos de literatura de aquel país. Con el acompañamiento del crítico Paul de Man y la izquierda cultural universitaria. Aquella corriente saltó a la historiografía intelectual en torno a 1980 de la mano de Dominick LaCapra, Hayden White tardío, en cierto modo Skinner... en los encuentros de la Universidad de Cornell, Ithaca². Se pasó de referir y constatar la presencia de una *nueva historia cultural* que completaba las expectativas del gremio en occidente (abriéndose a oriente; Edward Said, Guha), una ampliación de los espacios del conocimiento historiográfico, para pasar a defender militantemente un *giro cultural* (más bien un *giro lingüístico*) como cambio epistemológico radical dentro de aquella trama de revivales y giros (el *narrative turn*, el *turn inwards* o *body turn*, el *emotional turn*... que vuelve en España, etc.). Inicialmente, el perfil y los autores a los que apelaba Hunt no eran sino los citados por Lawrence Stone en su reputado artículo de 1979 «The Revival of Narrative»³. Sin embargo, en 1991-1992, Stone polemizaba airadamente con Gabrielle Spiegel, Patrick Joyce y C. Kelly en las páginas de *Past and Present*, poseídos por cierta cegadora iluminación derridiana⁴. Se había pasado de historiografía pargmatista, centrada en una sociedad aunque más individualizada, en un análisis narrado, en la consideración de los grandes procesos pero también en lo cotidiano, en la apreciación de la comunicación desde el lenguaje o la cultura, a una quiebra «epistemológica» que terminó (uso la palabra con intención por recoger la expresión más extrema) reivindicando (y considerándose) «en el tiempo pero fuera de la historia» y «en la moral pero fuera de la ética», lo que quiera que todo eso sea o quiera decir (todo en una orgía de poder y «formas radicales y emancipadoras», proponiendo «posmodernos imaginarios *sans histoire*. [Después de todo] para esa tarea no hacen falta historias [ni que sean] posmodernas»)⁵. Ciertamente que el autor de estas expresiones, Keith Jenkins, no ocupó un lugar central en la profesión. Pero sí lo

2. Se hace eco de ello John E. Toews, «Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience», *American Historical Review*, 92-4, 1987.

3. Lawrence Stone, «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», *Past & Present*, 85, pp. 3-24.

4. Lawrence Stone en *Past & Present*, 131 de 1991 y 135 de 1992; Patrick Joyce y C. Kelly en el número 133 de 1991; y Gabrielle Spiegel en el 135 de 1992.

5. Keith Jenkins, *¿Por qué la historia?*, México, FCE, 2006 [1999], pp. 11 y ss. Cita en la p. 27.

hizo Gabrielle Spiegel, presidenta de la American Historical Association, que aún en 2008 leía el «epitafio» elogioso del *giro lingüístico* en la profesión, en el que ella «militó», haciendo alguna concesión ciertamente a quienes, como David Harlan, habían señalado los excesos de ese tiempo de especulación⁶.

Hasta esa deriva hacia el llamado *giro*, la nueva historia cultural la representaron los citados en la reseña de Stone: Theodore Zeldin, Philippe Ariès, Jean Delumeau, Georges Duby, Carlo Ginzburg, J. G. A. Pocock, Quentin Skinner, Le Roy Ladurie, Eric Hobsbawm, E. P. Thompson, Natalie Davis, Richard Cobb, etc., una relación variada de historiadores que practicaron digamos que un desarrollo *cultural* de la general matriz de la historia social tal como la definió Hobsbawm en su día⁷. A ellos cabría añadir historiadores del relieve de Gareth Stedman Jones, o Ranajit Guha y Dipesh Chakrabarty entre los *subalternos*, el miembro del los *Alltagsgeschichte* Hans Medick y los anteriores Jürgen Kocka o Reinhart Koselleck, o los italianos Edoardo Grendi y Giovanni Levi. En España, aunque nunca ellos hayan expresado esa filiación, podría mencionarse a Joaquín Romero Maura y al José Álvarez Junco del *Emperador del Paralelo*. Eso y no otra cosa es lo que ha podido circular por el País Vasco y el Instituto de Historia Social Valentín de Foronda de la UPV-EHU.

Los primeros trabajos en esa dirección, a mi entender, pueden encontrarse en la colección de artículos de Luis Castells recogidos en el libro *Los trabajadores en el País Vasco*. A partir de valiosos estudios anteriores de corte más clásico (Juan Pablo Fusi) o sociológico (Ignacio Olábarri), Castells aprecia los tenues hilos comunicativos (asimétricos) que se tejen entre las clases y en el interior de éstas, y que explican (y dan consistencia) a las relaciones de poder y lucha, de solidaridad interior y resistencia ante la injusticia y la desigualdad, que se dan en la historia de los trabajadores vascos en su proceso de configuración como colectivo de clase en torno a 1900. En él se recogían elementos de tradición (Eibar, Azpeitia, Margen Izquierda), de cultura y transmisión de cultura o de variedades de lenguaje (reformista y revolucionario), tomados en ocasiones de anteriores colectivos⁸. En esa línea, aunque sobre un tiempo anterior, escribió a fines de los noventa Rafael Ruzafa el libro *Antes de la Clase* sobre Bilbao y la

6. Gabrielle M. Spiegel, «The Task of the Historian», *American Historical Review*, 114-1, 2009, que fue su «discurso presidencial» del año 2008. De David Harlan, «Intellectual History and the Return of Literature», *American Historical Review*, 94-3, 1989, y el ilustrativo *The degradation of American History*, Chicago, University of Chicago Press, 1997.

7. Probablemente el mejor estudio sobre este dominio de la historiografía sea el de los españoles Justo Serna y Analet Pons, *La historia cultural. Autores, obras, lugares*, Madrid, Akal, 2005.

8. Luis Castells, *Los trabajadores en el País Vasco (1876-1923)*, Madrid, Siglo XXI, 1993.

Margen Izquierda y algunos otros artículos posteriores⁹. Y, al poco, se publicó *El rumor de lo cotidiano*, colección de artículos –algunos seminales, aunque tuvieron escasa continuidad– ampliando el campo de los colectivos estudiados a otros grupos urbanos, a las mujeres, pobres, etc.; temas de sociabilidad y habitación, formas de acción de radicalismos de derecha e izquierda, etc.¹⁰ Enriqueta Sesmero resumía lo que encontraba en común entre los diversos artículos del libro, destacando «la importancia [dada al] marco físico [urbano] ... para las relaciones sociales... y la segmentación en clases»; «la gradación entre secularización, laicización y anticlericalismo, ligada a la contestación de la religión»; «la disfunción entre las prácticas... y las formulaciones ideológicas» y las normativas legales civiles y religiosas; la tensión entre lo individual y lo grupal; la complejidad de «los elementos cotidianos de conducta» estudiados, y la «revitalización del concepto de símbolo político... y su capacidad de movilización en muy diversos sentidos». Y destacaba la inclusión de unos referentes intelectuales «adecuados y actualizados» en el ámbito internacional¹¹. Todo un hilo de realidad del más sutil juego de lenguaje (cultura) por el que circulaban los hechos de la época.

En esa dirección, pero volviendo de nuevo al colectivo estrella del tiempo, los trabajadores, escribía Antonio Rivera *Señas de identidad* (jugando con la obra de Goytisolo) a primeros de 2000¹².

Antes, en 1998 y volviendo a colectivos más variados, tanto de espacios rurales como urbanos, publicaba Javier Ugarte *La nueva Covadonga insurgente* (expresión que se empleaba en los treinta por la derecha católica para referirse al País Vasco-Navarro). El libro sintetiza y prolonga de algún modo lo propuesto hasta entonces¹³. Carlos Forcadell lo explicaba en su día (y vale para este libro como vale para otros trabajos anteriores y posteriores del grupo aquí comentado).

9. Rafael Ruzafa Ortega, *Antes de la Clase. Los trabajadores en Bilbao y la margen izquierda del Nervión, 1841-1891*, Bilbao, UPV/EHU, 1998, y *Vizcaínos rurales, vizcaínos industriales. Estudios de historia social contemporánea*, Barakaldo, Librería San Antonio, 2002.

10. Luis Castells (ed.), *El rumor de lo cotidiano. Estudios sobre el País Vasco Contemporáneo*, Bilbao, UPV/EHU, 1999. Intervienen en el libro Luis Castells, Antonio Rivera, Félix Luengo, Pedro Novo, Juan Gracia, Javier Ugarte, Nerea Aresti, Miren Llona, José Javier Díaz Freire, Mikel Xabier Aizpuru y Rafael Ruzafa. Alguno de estos autores (algunos más que otros), como ya apuntaban en el momento, fueron derivando en trabajos posteriores hacia posiciones del posestructuralismo y especulativas del *body turn*.

11. Enriqueta Sesmero, «Reseña», *Revista Internacional de Estudios Vascos*, 44-2, 1999, pp. 525-528.

12. Antonio Rivera, *Señas de identidad. Izquierda obrera y nación en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

13. Javier Ugarte, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

Para explicar y comprender la movilización de masas en Navarra y Álava [a través del requeté carlista durante la Guerra de 1936] no bastaba con el análisis político: en ambas provincias se manifestaba la adaptación de un «*pathos* mal avenido con la modernidad» al proyecto contrarrevolucionario de los insurgentes, de modo que era preciso abordar el análisis concreto de la realidad social, rural y urbana, el *horizonte de experiencia*, las solidaridades e identidades locales, las tradiciones de autorrepresentación colectiva..., e incluso llegar a hacer «una cierta indagación antropológica (que no una antropología) de la guerra civil de 1936», integrando las perspectivas teóricas y metodológicas para vincular el tiempo corto de las primeras semanas... con el tiempo largo de las tradiciones culturales. La construcción del relato... recuerda la máxima de Droysen en su *Historik*: «comprender investigando» (*forschend zu verstehen*)... El análisis de los fundamentos sociales y culturales del tradicionalismo se hace, de la mano de Norbert Elias, entendiendo que una cultura no prefigura una ideología, pero que «cualquier ideología propuesta a un colectivo deberá contar con aquella cultura». Las propuestas metodológicas de Ugarte tienen más de un punto en común con los estudiosos alemanes de la historia de lo cotidiano (*Alltagsgeschichte*), que han incorporado a la investigación histórica aportaciones de la antropología... Utiliza el principio metodológico de la «descripción densa» (*thick description*), pero sin llegar como propone Geertz a asumir el punto de vista del «nativo» (carlista, en este caso) y sobre todo, sin retroceder, bajo el manto de la posmodernidad, a los viejos paradigmas historiográficos que suponían que sólo se puede comprender cada época desde el interior de sus propias categorías. Prueba de ello es la atención especial que presta a la comparación de la movilización tradicionalista española con ciertos fenómenos europeos de los años veinte y treinta... Tales son las claves teóricas y metodológicas que alimentan las interpretaciones de Ugarte... Así consigue explicar lo que parecía excepcional o pintoresco (ver las páginas dedicadas a «la partida de Barandalla») y utiliza con maestría el microscopio [asumiendo la mirada de Ginzburg o Grendi] sin perder de vista los grandes procesos históricos [sin renunciar a Wehler o Raymond Carr], pues, en definitiva, y como escribe en las últimas líneas, el propósito de su trabajo era «repensar la historia reciente de España»¹⁴.

(Es éste un extraño ejercicio de hablar de uno con palabras de terceros y de uno mismo en otro lugar. Valgan en la medida en que se refieren a un colectivo más amplio.) De nuevo, una búsqueda en la realidad de cultura del tiempo, en la «reglas constitutivas de las instituciones humanas» de aquel momento y lugar

14. Carlos Forcadell, «La movilización del requeté», *Revista de Libros*, 30, 1 de junio de 1999. Ugarte trató de desarrollar sus presupuestos de trabajo en «Sobre la nueva historia cultural: entre el giro cultural y la ampliación del conocimiento histórico», en Elena Hernández Sandoica y María Alicia Langa (coord.), *Sobre la historia actual: entre política y cultura*, Madrid, Abada, 2005.

que explique mejor la situación dramática que se vivió en el 36 (y que nos ayude a explicarnos mejor el hoy mismo)¹⁵.

La historia del movimiento obrero (en la que iba adquiriendo un no buscado magisterio progresivamente mayor el profesor Juan Pablo Fusi) ha sido un tema recurrente del grupo. Y en esa línea, y abordando un tema aún poco tratado en la historiografía española, José Antonio Pérez escribió *Los años de acero* sobre los trabajadores vizcaínos bajo el régimen de Franco en su segunda etapa¹⁶. De nuevo, más allá de las duras relaciones sociales que se tejieron bajo la dictadura, la búsqueda del hilo de cultura que iba dibujando aquellas relaciones: llegada e inserción de los inmigrantes, profundo cambio en la vida del mundo del trabajo tanto en la fábrica como en el barrio, modificaciones del marco de relaciones laborales, nuevas generaciones y nuevas formas de organización y conflictividad laboral, buscando explicar los intensos cambios que se produjeron en un tiempo de intenso cambio económico y social (mientras el marco político del Régimen comprimía en un estrecho marco todos los aspectos de la vida de la población). Y, muy lejos en el tiempo y el tema, pero incurso en el mismo espíritu de detectar marcas de cultura que expliquen mejor los cambios sociales y los procesos históricos, Joseba Louzao publicó en 2011 *Soldados de la fe o amantes del progreso*, jugando con esa idea contradictoria en relación con el catolicismo militante vizcaíno en tiempos de la Restauración (una aparente paradoja que Ugarte había detectado en la clase media católica vasco-navarra y que Jesús Millán ha reconocido entre los carlistas del siglo XIX)¹⁷. Finalmente, en cuanto que la familia es una institución cuyas pautas de cultura marcaron fuertemente las formas de relaciones en red de las élites españolas –y, en general, de la sociedad española del XIX y el XX–, en 1992 Ángel García-Sanz Marcotegui escribió un importante libro sobre la élite navarra con un minucioso trabajo de reconstrucción de aquellas redes de familia¹⁸. Extendiendo ese mundo de las élites provinciales a la población en general, y, dentro de ésta, estudiando el grado de movilización política que se da

15. El entrecomillado del pragmatista americano John R. Searle, *La construcción de la realidad social*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1997 [1995], p. 20 y el libro en general.

16. José Antonio Pérez, *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del Gran Bilbao, 1958-1977: Trabajadores, convenios y conflictos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

17. Joseba Louzao Villar, *Soldados de la fe o amantes del progreso: catolicismo y modernidad en Vizcaya (1890-1923)*, Palma de Mallorca, Genuève, 2011. Las referencias en Javier Ugarte, «En l'esprit des années 30. La actitud del *Diario de Navarra* y *Garcilaso* en la primavera de 1936», *Revista Príncipe de Viana*, 57-209, 1996, y Jesús Millán, por ejemplo en *El poder de la tierra. La sociedad agraria del Bajo Segura en la época del liberalismo (1830-1890)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan-Gil Albert, 1999.

18. Ángel García-Sanz Marcotegui, *Caciques y políticos forales: las elecciones a la Diputación de Navarra (1877-1923)*, Pamplona, 1992. Un estudio argumentativo (aunque empleando en algún punto

en esos años del liberalismo decimonónico (Restauración), escribe Ander Delgado *La otra Bizkaia*, resultado de una madura tesis doctoral (Delgado venía ya de una prolongada trayectoria profesional), y que presenta, precisamente, esa Bizkaia que no coincide con la más conocida y urbana, con la zona del Gran Bilbao. El resultado es que los grados de movilización política por esas fechas en Bizkaia son, como sucede en la mayoría de los territorios de España, más altos de lo que se suponía. Ahora bien, como también se ve en otros lugares, frente a los usos de delegación y democracia representativa que se produce en algunas zonas de Europa (lo cierto es que especialmente de Gran Bretaña), las prácticas vizcaínas son más activas y directas a través de algaradas, mítines, etc.¹⁹ Y del mundo rural, con gran detalle y conocimiento, esta vez para Gipuzkoa, se ocupa Pedro Berriotxo, irónico y sabio defensor de la «vida de caserío», que él conoce como nadie. De su estudio, además de esa minuciosa descripción, cabe observar hasta qué punto la cultura empresarial del territorio es deudora de formas de comportamiento, abnegado y perseverante, del hombre rural guipuzcoano²⁰.

En 2007 una parte del grupo publicó un importante libro sobre *identidades* o identificaciones en el País Vasco contemporáneo (un tema sobre el que se ha vuelto en 2015 con un nuevo trabajo)²¹. Los libros, coordinados por Luis Castells, Arturo Cajal, Fernando Molina y José Antonio Pérez, incorporan artículos de interés en el terreno de la mnemohistoria y el estudio de estructuras sociales conectivas que articulan mundos de sentido a partir de ciertos símbolos y narrativas comunes (Berger-Luckman). Se analizan en ellos varios cuadros sociales sobre los que se desarrollan narrativas, construyen metáforas y estereotipos, y elaboran imaginarios en relación con ciertos territorios (País Vasco y España esencialmente), colectividades o discursos políticos (liberal, fuerista) que permiten hablar de un «nosotros» (y, en muchas ocasiones, del «vosotros»). Estos trabajos se han hecho más que

teorías politológicas inspiradas en Gaetano Mosca) puede encontrarse en Juan Pro, «La formación de la clase política liberal en España (1833-1868)», *Historia Social*, 23, 2001.

19. Ander Delgado, *La otra Bizkaia. Política en un medio rural durante la Restauración (1890-1923)*, Bilbao, UPV/EHU, 2008.

20. Pedro Berriotxo, *Como un jardín. El caserío guipuzcoano entre los siglos XIX y XX*, Bilbao, UPV/EHU, 2013.

21. Luis Castells, Arturo Cajal y Fernando Molina (eds.), *El País Vasco y España: identidades, nacionalismos y Estado (siglos XIX y XX)*, Bilbao, UPV/EHU, 2007. Fernando Molina y José A. Pérez (eds.), *El peso de la identidad. Mitos y ritos de la historia vasca*, Madrid, Marcial Pons, 2015. También, Javier Ugarte, «Aitaren etxea... Lo vasco, su evolución entre 1970 y 2005» en *Transición y democracia en Euskadi*, Madrid, 2015 (en prensa). En 2003, Coro Rubio publicó *La identidad vasca en el siglo XIX. Discurso y agentes sociales*, Madrid, Biblioteca Nueva. Y, en 2004, José Antonio Pérez, *Los espejos de la memoria. Historia oral de las mujeres de Basauri, 1937-2003*, Basauri, Área de Igualdad.

necesarios desde que a fines del XX las grandes narrativas utopistas decayeran y volvieran identidades de recuerdo y narrativas sobre el pasado. Especialmente en el País Vasco donde, a las grandes quiebras de la guerra civil y el franquismo, se vino a sumar desde los 60 la otra infamia de ETA. Desde estas páginas, en sintonía con toda una potente corriente historiográfica en este momento, se indaga con gran eficacia sobre temas de memoria comunicativa, referencias del pasado o imaginación política, muy activos, como digo, desde el cambio de siglo.

En esta misma línea (una de las más batidas en el País Vasco por el grupo del Instituto por requerimientos del presente que todo buen historiador debe contemplar) han transitado los libros coordinados por Carlos Carnicero, José Antonio Pérez y Antonio Rivera. En este caso, haciendo mención a la violencia política y el terror de ETA más reciente, y sobre las cuentas que con ella ha podido echarse en aras de una sanación de la actual sociedad democrática en la relación con su pasado reciente. Por emplear terminología ajena a la historia pero no por ello menos útil para las cosas del ser humano, esa voluntad de restituir la distancia crítica con un pasado traumático, historizándolo, de modo que el recuerdo y la memoria de experiencias crueles (y repetidas como síndrome o patología) se conviertan en conocimiento positivo y se instalen en un pasado histórico bien comprensible –y veraz–. Es el modo, el único modo en el que, como derivada, las sociedades de hoy se concilien a través del debate público con ese pasado traumático que aún vive como tal. Libros excelentes en los que han colaborado autores como Santos Juliá, Martín Alonso, Fernando del Rey Reguillo, Elizabeth Jelin, Reyes Mate, Ander Gurrutxaga o Juan Pablo Fusi²².

ETA aspiró en sus días de actividad a moverse –o captar adhesiones– en el mundo alternativo de la ecología, el antimilitarismo (sic), el feminismo, etc. A veces lo consiguió, otras sufrió rechazos manifiestos. A esos «claroscuros» dedica precisamente Raúl López Romo un estupendo libro producto de su tesis (dos, si contamos el que ha escrito junto a Gaizka Fernández Soldevilla). En otro lado escribí sobre ello subrayando la buena factura de los libros dirigidos, más allá de la academia, a un amplio público cultivado. Y decía: «con ello quieren narrar *bien* historias verdaderas». Y añadía que conseguían explicar convincentemente «los ins-

22. Antonio Rivera y Carlos Carnicero Herreros (eds.), *Violencia Política: historia, memoria y víctimas*, Madrid, Maia, 2010; José María Ortiz de Orruño y José Antonio Pérez (coords.), *Construyendo memorias. Relatos históricos para Euskadi después del terrorismo*, Madrid, La Catarata, 2013. Sobre víctimas en la guerra civil y tras ella, Javier Gómez, *Matar, purgar, sanar. La represión franquista en Álava (1936-1945)*, Madrid, Tecnos, 2005. Los temas sobre memoria traumática en María Inés Mudrovic, «Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en Historia», en *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, Madrid, Akal, 2005.

trumentos que el *abertzalismo* radical ha empleado para decidir quién queda fuera de la nación vasca», cómo se producen esas «prácticas de exclusión social... y algunas de las razones que explican que la violencia política e ideologías implacables e invasoras prendieran en una parte de la sociedad vasca: una combinación compleja de aspectos de la economía y la sociedad, de memoria cultural..., de culturas políticas, de circunstancias de época (mayo del 68...), experiencias de dictadura y narrativas nacionalistas. Un libro de referencia ya –decía–, que aún tratando de lo más contemporáneo y un breve periodo de tiempo, no descuida conocimientos de más largo recorrido temporal y profundidad conceptual». Tramas duras de vida, de historia reciente del País Vasco tejidas sobre códigos sociales, idearios políticos y signos de conducta y comportamiento, de *ethos* de comunidad en definitiva, que labraron una realidad difícil que se prolonga de algún modo en nuestros días (de ahí que se haya instalado una especie de pugna por la memoria, de combate por una filtrado de culturas políticas a favor de una cultura democrática)²³.

De tramas variadas de vida a trama de vida, de historias colectivas a una biografía significativa. Félix Luengo escribe en *Tiempo que no fue presente* (intentando expresar así vidas poco vividas, vidas frustradas por una guerra) la biografía de su padre²⁴. (Afrontando con ello, por cierto, un alto riesgo: el de la entrega elogiosa al biografiado o una crítica exacerbada, en una perspectiva subjetiva en definitiva, de la que sale no ya airoso sino más que dignamente, mostrando una rara, por escasa, elegancia profesional.) Luengo escribe un relato sencillo –que sólo se consigue con oficio–, una línea clara que recorre la trayectoria de una generación excelente (gente, ésta sí, sobradamente preparada) cuyo horizonte vital se vio truncado por una guerra, sus vidas arruinadas por un régimen provinciano y autoritario, y la potencialidad que representaban para el país rudamente desperdiciada. Es, desde luego, más que una biografía (como el Barça era más que un club), y se ocupa, con habilidad narrativa, de recrear un fresco de época que se ofrece en el libro de un modo especialmente vívido. De nuevo, una experiencia de vida narrativamente construida para mostrar una experiencia de época.

Si hablamos de nueva historia cultural, por tanto, la que ha podido circular por el País Vasco y por el Instituto de Historia Social Valentín de Foronda de la UPV-

23. Raúl López Romo, *Años en claroscuro: nuevos movimientos sociales y democratización en Euzkadi, 1975-1980*, Bilbao, UPV/EHU, 2011; Gaizka Fernández Soldevilla y Raúl López Romo, *Sangre, votos, manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)*, Madrid, Tecnos, 2012. El comentario al que me refiero, «En el fluir mismo de los acontecimientos. Aportaciones recientes de la historiografía vasca», *Cuadernos de Alzate*, 46-47, 2013.

24. Félix Luengo Teixidor, *Tiempo que no fue presente. Vida y poesía de Félix Luengo Gullón (1914-1974)*, San Sebastián, Nerea, 2013.

EHU, hablamos de una historia social *ampliada*. No se habla, desde luego, de aquella que se precipitó por el tobogán del *giro lingüístico*. Pero tampoco se ha utilizado como barniz o adorno de un modo de hacer historia trivial (como ha solido hacerse en ocasiones en Francia: la historia del bidé; o recientemente, en Estados Unidos: la del circo o el rodeo). Y no, desde luego, como el gran determinante histórico, como en su día pudo considerarse la economía. No. *What We Talk about When We Talk about New Social History*. «Al hombre le rompía el corazón no poder volver la maldita cabeza para *ver* a su maldita esposa»; ambos estaban escayolados de arriba abajo; algo en efecto sutil, pero también definitivo. Si, frente a la subjetividad kantiana (o los «yoes modelados» de Foucault), Habermas desarrolló la intersubjetividad y la razón comunicativa, que es un modo de expresión abstracta para una historia de la sociedad propugnada por gente como Eric Hobsbawm (permítaseme este modo ligero de recorrer nuestra cultura más reciente), desde el segundo Wittgenstein y sus juegos de lenguaje (y con él, Geertz retomando también el sentido de cultura del antropólogo E. B. Tylor), y Dewey o el Richard Rorty de *Contingencia...*, Gadamer y el buen sentido de Isaiah Berlin, o la sociología de la inter-acción de Gabriel Tarde (frente a la de socialización y disciplina de Durkheim) nos permiten hablar de una historia social y cultural, por cuanto que la cultura, según eso, sería la conexión, el fundamento comunicativo, el modo de inter-acción de una sociedad generada según principios intersubjetivos.

Como puede verse, no hay quiebra real con la historia clásica (aquella de contar las cosas que realmente sucedieron, el famoso «*wie es eigentlich gewesen*»), recuperando incluso el gusto por la narrativa (más análisis, como quería Lawrence Stone). Pero, al mismo tiempo, como se ha desplazado en la neurociencia el estudio de las neuronas por el estudio de las conexiones entre ellas, que es donde se producen los depósitos de memoria e inteligencia (simplifico), también en la historiografía se da ese pequeño desplazamiento que aprecia que en la sociedad los individuos cuentan, que cuenta un colectivo (suma de individuos), pero lo que realmente merece ser retenido y estudiado son las maneras de comunicación que se da entre ellos (o en su interior), que lo que cuenta es comprender realmente los modos de relación, el trato intersubjetivo. Y esa comunicación se da en modos muy variados de juegos de lenguaje o, para nosotros, de culturas²⁵.

25. Sobre esto hay una amplísima bibliografía (filosofía, antropología, memohistoria, sociología, neurociencia) que se me va a permitir no citar aquí.